|  |
| --- |
| **Experiencias riesgosas** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 01 / 2005 |
| Estábamos, luego de 2 columnas dedicadas a cómo hablamos con los niños, en la pregunta de la semana, imaginándonos cómo reaccionaríamos si nuestro hijo de 16 años nos contara que ha probado marihuana.   Primero el hecho, es decir, la conducta que nos está reportando. Se trata de algo prohibido por la ley. Estemos o no de acuerdo con el estatus jurídico del consumo de drogas en general, o de esa droga en particular, hay una trasgresión de las normas. Se trata, además, de un comportamiento riesgoso. Aunque las afirmaciones acerca de la inevitabilidad de la adicción, o los finales trágicos que esperan ineluctablemente a los que prueban sustancias psicoactivas, son, desde el punto de vista científico, tonterías, sí está demostrado que todas las drogas –legales e ilegales- son potencialmente peligrosas.  En segundo lugar –no en términos de importancia- nuestro hijo está compartiendo con nosotros que ha experimentado con una sustancia riesgosa que se encuentra en los márgenes de la legalidad. Por lo pronto, la primera conclusión es que nos tiene confianza. Probablemente hemos sabido en el pasado conversar con él en el sentido expuesto en nuestras columnas anteriores.  Es legítimo que sintamos cierto temor – por cierto que nuestros sentimientos y reacciones tendrán algo que ver con nuestras propias experiencias-, pero también es importante que no desperdiciemos ese capital de confianza por nuestro miedo. Sigamos, entonces, las recomendaciones de la semana pasada. “¿Qué sentiste?” puede parecer una pregunta herética, pero es consistente con una actitud abierta que permite profundizar la experiencia antes de emitir juicios o, peor, producir reacciones emocionales que cortan la comunicación. O, también, “¿Cómo fue?”.  Luego de haber escuchado circunstancias y vivencias, podemos pasar a “¿Qué piensas ahora de lo que hiciste?” o “¿Qué conclusiones sacas de la experiencia?”, con el fin de determinar un contexto valorativo que permita una discusión sería de lo que significa el consumo de sustancias que alteran el funcionamiento de nuestro cerebro.  Es en esa fase de nuestra conversación, que podemos introducir nuestros puntos de vista – no hay recetas, pues se trata de cuestiones controvertidas-, experiencias personales e información objetiva –o fuentes que la proporcionen- sobre el tema.  Pero 2 son los puntos fundamentales. Las conductas de riesgo son inevitables en la adolescencia – hay diferencias individuales y algunos se involucran en ellas más que otros- y el que nuestros hijos nos hagan saber que se han involucrado en alguna es una señal de que confían en nuestra guía para ayudarles a dar un sentido a las experiencias. Por más que legítimamente podamos sentir un nudo en la garganta, no debemos perder la oportunidad con gritos, amenazas y descalificaciones. |
|  |